

De cómo compaginar lo apolíneo y lo dionisiaco

A las personas, querida Celia, no creas que nos gusta demasiado elegir. Esto es así porque, cada vez que tomas un camino, estás dejando de lado el resto, y esos otros caminos también tienen su punto interesante, su atractivo. Además, no todos los caminos llevan a Roma, ya lo decía también el santo de Spinoza, «toda determinación es negación». Cuando te determinas a vivir en la ciudad, ya no vas a vivir en el campo; cuando quedas con una persona, es como si no quedaras con todo el resto de las personas «quedables». *Omnis determinatio est negatio*. Cuando digo «sí», digo también «no». Esta es la típica jerga filosófica, pero, como ves, no es tan difícil traducirla.

Por estas razones anteriores se dice que «vivir es elegir». Hay filosofías, como la existencialista, que nos explican que «estamos condenados a nuestra libertad». Nos explican —y lo comprobamos cada día— lo difícil que resulta elegir entre 250 ciclos formativos y grados. La mayor parte de las estudiantes sufre al tener que decidirse por qué estudiar. Recuerdo a la hija de una amiga que dudaba entre Fisioterapia, Ingeniería y Bellas Artes, querida y humana Marina. También conozco algunas, las menos, que desde los ocho años saben que quieren estudiar Medicina, Medicina y nada más que Medicina. O *ser influencers*. Pues mira, se han quitado de en medio la «condena» de elegir. Permíteme, paciente Celia, escribir una tontería: volvamos al santo patriarcado, donde los varones fueron buenos y nos quitaron a las mujeres la condena y la angustia de la libertad. Todas amas de casa, un problema menos, como en los viejos tiempos en que los hombres se quedaron el horizonte trágico de la libertad solo para ellos, santos varones.

Para no tener que pasar por el trauma de decidir entre un camino u otro, existe la humana tendencia a quererlo todo, como hacen las niñas cuando llega el catálogo de juguetes de Navidad. «¿Qué vas a querer?» «Todo», contestan. «No, guapina, eso no se puede; hale, a madurar, eliges dos cosas y punto.» Hay gente que piensa que se puede tener todo y eso, perdóname, es un signo de extre-

ma inmadurez o de falta de claridad mental. Porque tenerlo todo es como no tener nada, míralo de esta manera: solo puedes escuchar una canción al mismo tiempo, ver una película al mismo tiempo... ¿Qué significa tenerlas todas? ¿Dónde, en tu cabeza y en tus recuerdos o en una estantería de tu casa? Espera, que estamos en tiempos de Netflix: ¿cuántas películas tienes en tu lista y cuánto tiempo pierdes en decidir cuál vas a ver? Y eso que no tienes «todas», no tienes ni una milésima parte de todas las películas. Tenerlo todo es imposible y no es propio de humanos, solo los dioses podrían tener todo, pero ya vimos cómo se aburrían y se tenían que entrometer en los asuntos de las mortales para entretenerse.

Otra tendencia muy humana es la de intentar tener cosas difícilmente compatibles entre sí. Por ejemplo, estar sentada en el sillón de tu casa y pasar miedo como si estuvieras en la calle perseguida por una horda de zombis. Es la tendencia a tener lo apolíneo y tener lo dionisiaco, a tener lo permanente sin renunciar al vértigo del momento. ¡Instante, detente, eres tan bello!

La humanidad, en su sabiduría colectiva, ha buscado con perseverancia una fórmula para articular estas dos pulsiones: lo apolíneo y lo dionisiaco, el equilibrio y el exceso. La respuesta ha sido, más o menos, brillante y para la mayoría de nosotras lleva el nombre de «fin de semana». Al igual que en su día descubrimos la rueda,

hemos descubierto que el tiempo se puede dividir en dos cosas que se llaman «semana» y «fin de semana». Durante la semana nos ponemos apolíneas y cuando llega el viernes, ¡fiesta!

Por fin, podemos dejar de lado nuestra rutina (a veces también llamada «vida») y hacemos lo contrario, o nos convertimos en lo contrario. Cuando nos vamos de fiesta, damos rienda suelta a la vena dionisiaca pero, como ves, lo hacemos dentro de un orden. Nos desahogamos de lo que nos llegan a ahogar las demandas de la vida equilibrada. Y luego, vuelta al lunes otra vez.

Llegamos a la conclusión de que el ser humano es ciertamente contradictorio, pero dentro de un orden. Ama el riesgo y la improvisación, pero para un rato. Al final, el guerrero busca el reposo; esto parece que lo han sabido hacer muy bien los varones, guerreros, filósofos o comerciantes. Sigue leyendo, por favor.

Querer lo apolíneo y lo dionisiaco y las raíces del patriarcado

Quiero contarte ahora algo sobre esa doble verdad, una para las chicas y otra para los chicos, que afecta y corrompe todo lo que nos rodea. Esto puede afectar de manera injusta tu vida y la de tus amigas. La vida no se detiene a

los quince ni a los veinte años, y la doble verdad va profundizándose con el tiempo. Solo por contarte esto, escribo este libro, para transmitirnos nuestra experiencia. Para acabar con el pacto de silencio.

Dime, Celia, cuando leas lo que voy a contarte, si no es una auténtica pasada. Resulta que hay un grupo muy amplio de personas que rara vez puede darse a lo dionisiaco. No pueden porque lo que hacen, sus actividades diarias y cotidianas, no contempla los conceptos de «vacaciones» o «fin de semana», e incluso a veces ni siquiera distinguen entre la noche y el día. Pueden habernos pasado desapercibidas porque son, como estarás sospechando, esa mitad de la raza humana que parece haber tenido el superpoder de la invisibilidad.

Como si fuera un milagro, cada día se hacen las camas, se lavan los cacharros, se bañan los niños, se visita a los enfermos en los hospitales, aparece una cena para no sé cuántos el día de Navidad. Venga, que no falte la alegría. Hordas de cuidadoras de la especie, madres, abuelas, amigas. Y no me digas que tu madre y tu padre hacíamos las cosas a medias porque, Celia, eso ya lo sé, que soy tu progenitora. También llevas mi apellido el primero, pero quizá ya es hora de que te diga que no es ni mucho menos lo habitual. Nuestra experiencia personal es importante, pero no lo explica todo, estamos inmersas en un mundo que hay que comprender. Hay que tener los pies en el

suelo, aunque sea para levantarlos y dar la patada. Tocar la tierra que nos sostiene. Y tampoco me digas, por favor, que tú conoces a una madre muy mala persona que dejó a su marido sin un duro y le quería arrebatar las hijas, porque eso ya nos lo cuentan muchos directores de cine en cuanto tienen ocasión. En clase también lo escuchamos a menudo: «Yo conozco a una señora muy mala». Sí, hija, sí, y yo. Se llamaba Eva y por su culpa nos echaron del paraíso.

Hay una serie de tareas que no se llevan bien con la manera dionisiaca de vivir. Son tareas muy absorbentes, como cuidar a un bebé recién nacido. Parece que el bebé no hace nada, lo ves en la foto y dirías que se limita a dormir. Pues te digo una cosa: no hay mayor error de juicio en toda la experiencia humana. ¡Es una total falsedad, vaya! ¿Para eso estudiamos tanta epistemología? Es justo al contrario, tienes que estar las veinticuatro horas del día pendiente del susodicho bebezote, llevarlo amarrado a la espalda. Esto no lo vas a encontrar en la obra de Heidegger, cuando habla de «pastorear al Ser». Habla de «pastorear al Ser» quien no tiene la más remota idea de lo que es pastorear un bebé. O a una madre, a un padre, a una amiga enferma.

Saber también es recordar, ya lo dijeron aquellos ociosos griegos. Recuerda y busca este axioma en tu interior. Recuerda cuando eras una niña y tenías la arraigada cos-

tumbre de comer cinco veces al día. La crianza exige sistema y entrega. Es incompatible con fumar, beber y salir por la noche. Vuelve a leerlo: los hijos necesitan rutina y seguridad. Comer y dormir a las horas. Identificar los olores, el tacto, las personas. Saber que alguien anda por ahí. Durante meses no pueden mover ni la mano. La boquita, sí, traga que te traga. Pero tardan un año y pico en saber andar. Un niño recién nacido tarda tres minutos en empezar a andar: literal, tres minutos, no es metafórico. Lo sé por los documentales de La 2.

Tres minutos frente a un año, solamente para andar: esto no lo has leído en los empiristas ni en los idealistas, ni en Hume ni en Leibniz, y menos aún en los escritos del último filósofo famoso por su profunda y transgresora reflexión sobre el papel del sexo anal en la realización del ser humano. Pregúntales a las filósofas, pregúntale a Concha Roldán, a Rosalía Romero y a Cristina Molina.

Esta es una verdad radical y fundante de la condición humana que no encontrarás en la *Historia de las Ideas*: sin bebés no hay vida, la humanidad se hubiera extinguido. Luego, si estamos de acuerdo, el hecho de que hayan ido naciendo nuevas generaciones de pequeñines es la causa material y real de que tú y yo estemos aquí conversando. La maternidad es necesaria, no es contingente. Alguien tiene que tener hijos y ocuparse de ellos o se acaba esto, la aventura de la humanidad en el planeta.

Ahora ya nos podemos fijar de una manera distinta en el rasgo esencial de la crianza: el hecho incuestionable de que los bebés, esos imprescindibles, de un plumazo ponen punto final a lo dionisiaco. Quienes se ocupan de ellos tienden a dedicarse a tiempo completo, la vida se llena de tiempos de espera. «¿Qué haces?», les preguntan. «Nada, esperar a que sean las cinco para despertar al bebé.» Demos un paso más: los bebés no solo ponen punto final a lo dionisiaco, también hacen tambalearse los proyectos apolíneos que exigen entrega y continuidad.

Sin embargo, millones de hombres, «varones» digo, han podido tener no uno sino varios hijos sin renunciar a sus sueños apolíneos ni a sus desmadres dionisiacos. Este hecho, sin duda asombroso, remueve con fuerza nuestros interrogantes filosóficos: ¿cómo han podido hacerlo? La búsqueda de una respuesta nos lleva a descubrir cierta receta de la vida buena y realizada, tal vez feliz. Que es, como sabes, de lo que trata en buena parte la ética.

¡Canta, oh, muso, el secreto de los varones! Déjanos compartirlo, pues encierra una promesa muy dulce. Se trata de formular preguntas sencillas sobre la condición humana. ¿Cómo pudo Charles Chaplin entregarse a su carrera profesional y tener diez hijos al mismo tiempo? ¿Cómo pudo Picasso pintar tantos cuadros sin que nadie le perturbara preguntándole si estaba ya la cena; él que

nos dejó esta célebre frase: «No creo en la inspiración, pero, si llega, que me encuentre trabajando y no en la cola del supermercado»? ¡Qué grande era Picasso, cómo expresan los artistas la condición de las mujeres! Justo eso mismo es lo que yo necesitaría, más horas para terminar este libro, que la inspiración me encuentre tecleando y no comprando en la tienda de abajo. Susúrranos al oído el secreto, Picasso.

¿Cómo ha podido tanto artista dedicarse a vivir una vida rodeada de excesos y «mujeres» —según sus propias palabras—, irse de gira una y otra vez con sus entrañables amigos al tiempo que criaba dos hijas, y que su casa grande estuviera limpia y arreglada cuando entraban y salían tantos amigos que eran tan creativos? Me dices, oh, muso, que solo hay un secreto, pero que ni siquiera es tal, que es sobradamente conocido. Ellos engendran los hijos, pero unos seres llamados «mujeres» los crían. (Nota: ¡anda, mira, nosotras somos mujeres!)

De todo lo anteriormente expuesto se deduce, *more geometrico*, como le gustaba a Spinoza, una de las causas que han llevado a los hombres a oprimir a las mujeres. Sobre todo, a perseverar en su opresión. Los varones han podido fundar familias, sagas enteras, niñas limpias y cariñosas o un techo al que volver y cobijarse, y todo ello sin renunciar a nada; maticemos, a casi nada. Sin renunciar a sus sueños apolíneos ni a sus desmadres dionisiacos.

De todos los ejemplos posibles voy a poner solo uno. El de Charles Chaplin, alias Charlot.

Charlot es famoso por haber representado en el cine la figura del perdedor; perdedor, pero de gran calidad humana, bueno y noble como pocos. En la vida real no era exactamente así. Acumuló una fortuna, se casó cuatro veces y tuvo un montón de hijos. Como ves, contó con la oportunidad de compatibilizar una intensa vida personal con una carrera muy productiva. Su última película, *Candilejas*, la rodó con sesenta y tres años. Su compañera de reparto era cuarenta y dos años más joven. No es una errata: cuarenta y dos.

Hoy resulta inevitable que desde la filosofía surjan nuevas preguntas. ¿Era necesario que fuera tan joven, una cría? Resuenan las palabras de la incomparable Virginia Woolf: «Los hombres han convertido a las mujeres en espejos en los que se ven reflejados al doble de su tamaño». Se miran en una chica, cuarenta y dos años menor, y el espejo les va quitando las arrugas, la flacidez, el olor, la dentadura postiza. ¡Soy un hombre! Esta consigna del espejo la siguen sin duda todos los que según cumplen años van seleccionando chicas más y más jóvenes. De continuar con esta progresión aritmética, Leonardo di Caprio pronto tendrá que ir buscando novia en clase de preparación al parto.

Si dejamos el cine, que al fin y al cabo es una ficción,

y volvemos a la vida real encontramos que la cuarta esposa de Chaplin «abandonó su carrera de actriz en cuanto se casó». Señores de *Wikipedia*, córtense un pelo, que la chica se casó con dieciocho años, ¿qué carrera iba a abandonar? El actor, director y productor le llevaba treinta y seis años y tuvieron ocho hijos. Ya sabemos que el amor es ciego. Tan ciego que Oona O'Neill, la afortunada cuarta esposa, había sido abandonada por su padre cuando tenía dos años, porque, ejem, se había enamorado de una mujer distinta a su madre. Este padre que se mudó a otro continente para vivir sin los engorros propios de la crianza fue un novelista, Eugene O'Neill, un premio Nobel que supo describir bien las profundas zozobras y angustias del ser humano. Sí, hijo, sí, para angustia y zozobra, la que debió de experimentar tu niña. De tu esposa abandonada ni te hablo. No vayan a decirme que «soy muy conservadora». ¿Yo? ¿No serás tú el *conservador de tu bien máspreciado*, tu propia persona? Tú, que has ido de esposa en esposa buscando estar siempre bien cuidado, bien lavado. Buscando lo que, sin rubor ni vergüenza, conceptualizaron como el merecido «reposo del guerrero». Lógicamente, los hombres intelectuales se revuelven cuando queremos cambiarles el espejo antiguo por uno nuevo, donde se vean reflejados a un tamaño más real. Y entonces nos etiquetan: «conservadora», «puritana». Fíjate un poco en esa familia grande, en ciertos intelectuales, cómo

se protegen unos a otros. Es más, lee algún día la novela *La familia grande*, de Camille Kouchner. Esta novela habla de los padres que parten para salvar al mundo y dejan a sus hijos solos ante los peligros que los rodean.

Claro que me enfado, cómo no me voy a enfadar. No sería humana si no me quejara. Sería una mujer entrenada para sonreír y que se repite a sí misma: «La mujer lista se hace la tonta». Se acabó, esto se tiene que acabar.

Aquí subyace, pensativa Celia, una de las razones de fondo que han llevado a los hombres a dominar a las mujeres durante milenios: la posibilidad que esto les ha dado de compaginar lo dionisiaco y lo apolíneo. Se han dado a sí mismos la posibilidad de vivir los dos lados de la vida. De no renunciar a casi nada. De no ponerse límites. Y de empezar siempre de nuevo, apoyándose en una nueva mujer, más fresca, más lozana. Tengo lo apolíneo y tengo lo dionisiaco.

Para las mujeres, esta injusta situación ha supuesto, en general, el fin de sus sueños. Cuando se tienen varios hijos, como les sucedía a las que nos precedieron, la aspiración más elevada, racional y apolínea es dormir. Y la más dionisiaca, dormir mucho, dormir con exceso, sin medida.

Para verlo con más claridad vamos a hacer un «como si» los hombres hubieran pactado repartirse a las mujeres y sus cuidados. No es una teoría de la conspiración, tranquila, es más bien una teoría del interés, en el sentido

marxista. Un «como si» es un recurso de la filosofía kantiana para imaginar cuáles podrían ser las causas de un fenómeno que conocemos como «efecto». Cuando teorizamos sobre el *contrato sexual* no pensamos que tal pacto se diera exactamente en un día concreto, el pacto es una ficción, una hipótesis que nos sirve para explicar sus secuencias: una serie de acuerdos básicos entre varones, que funcionan tan bien que parece «como si» realmente se hubieran reunido y firmado un documento, por el gran consenso de sus decisiones. Que pactaron intercambiarse a las mujeres como cromos no lo digo yo, lo dice el reconocido antropólogo Lévi-Strauss. Está en la parte de Ontología; si hace falta, vuelve hacia atrás.

Para nuestro «como si» vamos a reencontrarnos con otro viejo conocido, el mamut de las cavernas. Entenderemos mejor esta historia si volvemos a imaginar a aquellos hombres primitivos que decidieron salir *solos* de caza. Día tras día, siguiendo las huellas del mamut. Al llegar la noche, tal vez se reunían bajo el fuego, y charlando charlando iban perfilando una idea acerca de la vida buena y el reparto de tareas. «Compañeros, igual es una bobada lo que estoy pensando, pero ¿no es acaso más relajante y motivador estar aquí reunidos, disfrutando de nuestra conversación y tumbados bajo este divino cielo estrellado, por encima de nosotros, que permanecer allá en la cueva, todo el día con el ruido de los niños y las

toses de los enfermos, por no hablar de las quejas de las señoras?»

Así es como pudo surgir una cierta preferencia por una manera de vida, por unos contenidos asociados a la vida buena. No me digas cómo, pero se la quedaron los del mamut para ellos, quizá fue por el agotamiento de las mujeres. Se establecieron dos tipos de vida distintos y se asociaron a dos esferas o espacios vitales.

Cuidar o no cuidar y dedicarnos a todo lo demás, esta parece que fue la cuestión que se resolvió en los orígenes del patriarcado.